

y os socorrerá; pues que ahora, en las calamidades presentes tan horrosas como generales, parece que Dios al pedirle que las remedie, nos está diciendo á todos: *Id á María*, ella está encargada de ello; la Archicofradía es el depósito general de gracias; de ellas es la dispensadora María, á ninguno rechaza, á ninguno deja sin consuelo, ora sean corporales, ora espirituales los males que le aquejan. Pedidla y os dará.

§ III. — *Gracias alcanzadas por la Archicofradía.*

D. A. Es un principio admitido por todos los sábios que por los efectos se llega al conocimiento de las causas, y el mismo Jesucristo nos dice que por los frutos se conoce el árbol. Pues bien, ¿quiere V., José, conocer la grandeza y excelencias de la Archicofradía del Sagrado Corazon de María? pues repare V. en sus efectos, observe sus frutos, quiero decir, las conversiones que obra, y las gracias espirituales y corporales que Dios y María derraman sobre los mortales por medio de ella, y logrará lo que intenta. ¡Ah! si mis ocupaciones me lo permitieran, referiria cosas que pasarian á V., José; mas sin embargo de que no puedo alargarme mucho, para satisfaccion de la devocion de V., y aunque solo sustancialmente, referiré los siguientes ejemplos:

EJEMPLO PRIMERO.

*Un joven convertido.*

El citado Párroco de Nuestra Señora de las Victorias, fundador, como dije á V., de la Ar-

chicofradía, cuenta que le pasó á él mismo lo siguiente: «Serian como las ocho de la mañana, cuando se me presentó un joven elegantemente vestido, pero con la vista baja, y me dice que reservadamente quiere comunicarme cierto asunto; lo acompañé á mi cuarto, y hé aquí que empieza á hablarme de este modo: «Padre, aquí tiene V. un pecador que hasta ahora se ha revolcado en todos los vicios, y cargado de crímenes contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo: mi vida criminal y la mas disoluta cuenta ya ocho años de duracion: horrorizado de mí mismo, estaba ya muy cercano á la desesperacion, cuando me sentí con alguna confianza por ciertas palabras que ayer tarde oí de la boca de V. Pregunto, pues, ¿podrá haber perdon?... Mas para que V. pueda responder con conocimiento de causa, permítame V. que le presente como en compendio mi vida disoluta, y lo que en este momento por mí está pasando.

«Nací en país extranjero de una familia no menos rica que distinguida: en mi juventud recibí una educacion esmerada y la que nuestra posicion social reclamaba: al cumplir veinte años pedí permiso á mis padres para venir á París, lo que me fue concedido, señalándome el dinero que conocieron podia necesitar. Cuando llegué á París mis costumbres no eran malas; pero viéndome dueño de mí mismo, no tardé en dejarme seducir, y luego me transformé en seductor. ¡Ah! mi vida en estos ocho años es un tejido de desórdenes: esclavo de mis sentidos, me entregué á todas sus exigencias: de todo soy culpable, si se exceptúa la embriaguez.

«La educacion cristiana que habia recibido me enfrenaba en mis desórdenes y excesos; pero amante de mi libertad, procuré sufocar el grito de mi conciencia y aun aniquilarlo á fuerza de multiplicar los excesos: lo bueno y honesto ya para mí no tenia aliciente: ayer mismo, léjos de querer aflojar los lazos criminales, habia intentado añadir un nuevo nudo... ¡un adulterio!...

«Solo á la sazón me dirigia al lugar en donde habia de cometer este nuevo crimen, cuando hé aquí que al pasar junto á esta iglesia, oí cantar dentro, y ví que algunas personas entraban en ella: las sigo, entro tambien, y el inmenso concurso me sorprende: habia entrado únicamente para ver qué se hacia y volverme, pero yo experimenté cierta extraña novedad que... esperé por lo tanto, escuché el canto y luego el sermón que pronunció el señor Obispo.

«Se acordará V., Padre, que despues leyó V. una carta de un jóven no tan criminal como yo, pero que fatigado ya de su vida disipada y licenciosa, le pedia á V. que encargase se orase por su conversion. ¡Qué tropel de pensamientos se agolpó en el momento sobre mi alma! Padre. Imposible me es poder dar á V. una idea de la impresion que causó en mi corazón la lectura de tal carta. Cual si un rayo de luz hubiera descendido sobre mi tenebroso entendimiento, ví como en un oscuro cuadro todo el desórden y oprobio de mi desordenada vida: en aquel momento deseaba ser el afortunado y postulante jóven que escribió la carta; pero al mismo tiempo las consecuencias de una conversion me aterraban: luché, procuré echar de mí toda idea de conversion; pero la me-

moria de los sinsabores y ajenjos que he tenido que devorar por espacio de ocho años, y de las bajezas á que me he visto precisado para contentar una pasión voraz é insaciable, me perseguía sin cesar. Combatido mi espíritu por tan opuestos pensamientos, llegué al punto de pasar desapercibidas algunas palabras de lo que V. leía; pero cuando V. levantó un tanto la voz, cual si yo despertara, avivé mi intencion y... oí que V., animando al jóven, le exhortaba á que siguiese la voz que hablaba á su corazón, y le prometía que Dios le perdonaría; y aquellas palabras: *Animo, confianza*, se apoderaron al momento de mi corazón. Al oirlas, parecíame que sonaban en mi interior estotras: *esto va contigo: contigo habla el sacerdote*, y concluyó diciendo que era imposible que la lectura de aquella carta dejase de causar gran sensacion en muchos de los que allí estaban presentes.

«Cuando despues V. se puso en el altar, todos se arrodillaron, y yo hice lo mismo. ¡Ah! era la vez primera en estos ocho años. Escuchaba la Letanía de la Virgen, pero yo no la rezaba, porque el inexplicable combate de ideas en que luchaba, me embargaba. No obstante, al llegar al *Refugium peccatorum*, me animé y canté tambien: *Refugium peccatorum, ora pro nobis*: lo que repetí algunas veces, y me pareció hallarme mas tranquilo. Se concluyó la funcion, y yo quedé allí solo, y ni siquiera hubiese sabido salir de allí, si un aviso de que se habia de cerrar la iglesia no me hubiera determinado á lo contrario.

«Marché, pues, para mi casa; pero el sueño estuvo muy léjos de mí toda la noche: en el si-

lencio y tranquilidad de ella meditaba en los sucesos de mis desgraciados ocho años, y conozeo y estoy plenamente convencido que son los mas vergonzosos, criminales y execrables que hombre alguno haya podido correr sobre la tierra. ¡Ay de mí! he abusado de todos los dones de Dios; he prostituido la nobleza y dignidad de mi carácter; me he hecho reo de las mas degradantes intrigas para saciar mis brutales apetitos; he hecho traicion á la amistad; he introducido la deshonra en las familias; he ultrajado al mismo Dios, violando sus leyes, y me he hecho acreedor á sus castigos. Me arrepiento, me avergüenzo y á mí mismo me causo horror: quisiera entrar en una nueva vida, en una vida cristiana; pero, Padre mio, ¿podré lograr tanto bien? ¿querrá Dios perdonarme tanto crimen? ¿querrá?... ¡Ah! este temor me tiene consternado. Si V. ayer no hubiese pronunciado aquellas consoladoras palabras: *Animo, confianza*, no sé qué hubiera sido de mí esta noche.»

«Hijo mio, le dije con ternura al concluir el jóven su relacion, hijo mio, creo con tanta firmeza que Dios quiere perdonar á V., con cuanta creo su existencia: esa misma luz con que él le ha hecho conocer á V. el estado miserabilísimo de su alma, es una garantía segura de que quiere perdonarle: ha dado principio á su conversión de V. con esos especiales auxilios de la gracia, y para dar cima á ella espera que V. cooperará por medio de una santa y dolorosa confesion: yo le conjuro en su nombre á que la haga V. ahora mismo. — No puedo, respondió el jóven, porque no estoy preparado para ello, ni sé por dónde

empezar. — No importa, le repuse, este es el único específico que puede volver la calma á su corazon de V.: yo le ayudaré:... principiemos... arrodílese V... y... Comenzó, es verdad, pero mas con suspiros y lágrimas que con palabras: sumergido en un mar de dolor y arrepentimiento exclamaba: ¡Oh Dios mio, Dios mio! á pesar de un tan remarcado abuso de vuestras gracias me habeis sufrido!... ¡y por tanto tiempo!... ¡Oh exceso de misericordia! ¿qué fuera de mí en este momento, si usando Vos de vuestros derechos me hubiérais castigado cuando tan vilmente provocaba vuestra indignacion?... Se acusaba conforme y de lo que podia: yo le ayudaba con mis preguntas: seis dias duró esta confesion, y al último le absolví de sus crímenes, y le reconcilié con Dios.

«Recibida la absolucion, me cogió de las manos, las besó mil veces regándolas con lágrimas de ternura y agradecimiento, y exclamó: «¡Qué feliz soy yo en este momento, Padre mio! una vida toda divina empieza á circular por mis venas: una hora antes yo era un mónstruo, y Dios me ha perdonado ya: la gracia y dulce paz que siento inusualmente en mi corazon, no me dejan dudar de ello. ¡Oh! no, yo ya no soy el mismo que una hora antes. ¡Ah! ¡Padre mio! yo seré de verdad cristiano: se lo prometo á Dios, á la santísima Virgen y tambien á V., Padre mio. ¡Ah! ¡cuánta es la ventura de que soy deudor á V.! Permitame V. que un abrazo sea la expresion de mi filial agradecimiento. Padre mio, despues de Dios y de la santísima Virgen á V. hago donacion de mi corazon, porque de V. es por

tanta bondad como me ha dispensado.» Nos abrazamos con afecto, derramando entrambos un raudal de tiernas lágrimas. Y fue tan grande su resolución de no volver á pecar, que para huir enteramente de las ocasiones se fué de París el lunes inmediato al afortunado sábado en que habia recibido la absolucion y comulgó.» (*Anales, tomo 1.º, página 237*).

¿Qué le parece á V., José, de esta gracia ó conversión lograda por medio de la Archicofradía?

J. Las lágrimas de ternura que asoman á mis ojos hace rato y que no puedo ya contener más, hablarán por mi corazón.

EJEMPLO SEGUNDO.

*Una jóven convertida.*

D. A. Pecadores, ved si podeis confiar. El caso que voy á referir es de una jóven convertida, cuya vida escribió ella misma en una carta que envió á los cofrades del Sagrado Corazón de María, por haber rogado por su conversión: voy á referirla en sustancia por no ser demasiado larga. Dice así:

«A los cofrades de la Archicofradía una alma muy apartada de Dios y vuelta á su servicio por efecto de vuestras oraciones.

«La que escribe estas líneas, hace quince días que estaba muy lejos de pensar en la gracia que el Señor la tenía preparada en los tesoros escondidos de su infinita misericordia por la intercesión poderosa de la que es el refugio de los pecadores, María, implorada por vosotros, carísi-

mos asociados á su Corazón sagrado, á favor de mi pobre alma: de aquí es que mi corazón agradecido no puede menos de rendiros las mas expresivas muestras de gratitud.

«Carísimos hermanos en Jesucristo: Dios y la Virgen santísima os sean la recompensa por lo mucho que habeis hecho por mi alma. Gracias á vuestras súplicas, las cadenas de mis pecados y el infame yugo de mis pasiones se han hecho mil pedazos. Continúa pidiendo por mí, á fin de que logre yo el don de la perseverancia en la vida nueva que felizmente he comenzado.

«Mucho sufría y padecía, hermanos míos, antes que rogáseis por mí. Al perder la inocencia, perdí con ella también la paz, la alegría y el consuelo interior. He vivido muchos años olvidada de Dios y de la Virgen santísima, y por grados me he precipitado á cuanto tienen de mas vergonzoso y degradante las pasiones.

«Instruida en los sanos principios de la religión católica en que me criaron mis padres, tuve la dicha de practicarla hasta que desgraciadamente me entregué á los vicios; pero desde entonces ya procuré arrojar lejos de mí aquellos principios cuya sola idea me era pesada y molesta. Sí; la Religión era para mí un freno insufrible, y hé aquí porque dominada de mis pasiones hice cuantos esfuerzos pude para sacudirle. Envilecido mi espíritu por la inextinguible sed de las satisfacciones y placeres carnales, se degradó hasta nivelarse al mas estúpido bruto: deseaba no tener alma racional á fin de poderme entregar sin remordimientos ni temores á mis pasiones criminales, á pesar de que exteriormente traía una vida

regular, porque la conveniencia y mi posición social así lo exigían.

«Digo aun mas: á fuerza de sofocar remordimientos, logré amortiguar la idea de la inmortalidad del alma, mirando esta eterna verdad como una invención de curas y frailes, y me llamé feliz, y me daba á mí misma mil parabienes por haber triunfado de lo que llamaba preocupaciones mías... En fin, yo enarbolé en mi entendimiento una bandera de rebelion y escribí en ella este lema: **NO HAY DIOS... TODO ES MATERIA...** ¡Dios mio! qué horror!... pero perdonad, ¡oh Dios, á quien postrada adoro, perdonad el delirio de esta pecadora que lo llora á vuestros piés!

«Sin embargo, á pesar de mi orgullo, de vez en cuando y bien á pesar mio, los estímulos de mi conciencia hacíanme oír su grito aterrador y arrancaban de mi corazón algun suspiro. Para ocultar mis desvaríos apelaba á la hipocresía, y los días de obligación iba á oír misa, y los actos de religion me conmovían: la gracia daba alabadas á mi corazón, pero yo me daba mucha prisa á distraerme de ellas.

«Tal era, compasivos devotos de María, el infeliz estado de mi conciencia. Siete años consumí en la mas criminal de las carreras humanas, siete años estuve sumergida en el abismo de la iniquidad y sin esperanza de convertirme: y á pesar de que con un exterior el mas disimulado fingía perfectamente el estado de los que viven tranquilos, jamás me pude reputar feliz en este modo de vivir: la paz y la tranquilidad ni siquiera una pequeña sombra habían dejado en mi corazón cuando le abandonaron. La salvacion me parecia una

cosa imposible: sin embargo, sin saber cómo, una como lejana confianza en María resplandecía alguna vez en mi turbada fantasía, y María me ha salvado. Sí: la Virgen santísima, que lo sepa todo el mundo, esa Señora á quien vosotros habeis invocado, esta es mi **LIBERTADORA**. ¡Gran Dios! recompensad como sabeis á estas buenas almas el bien inapreciable que me han alcanzado... Diez y siete días hace hoy que una persona piadosa que por tal me reputaba á mí tambien (¡tan refinada era mi hipocresía!) se acercó á mí, me habló de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, me dió á leer el primer cuaderno de los Anales de esta santa Asociación, de la que yo ningún antecedente tenia, y... abrí por curiosidad el libro, leo, y mi corazón agitado presiente ya la calma; la conversion de Ratisbonne me conmueve, y quizás cediera al momento mi impiedad, si yo no embotara el golpe... pero estaba obstinada, no quería convertirme. Lo único que buscaba era aquietarme descargándome del peso de mis remordimientos que me abrumaban; y como con mi negra resistencia paralicé la acción de la gracia, esta no produjo efecto alguno, y yo quedé la que era.

«Sin embargo, á consecuencia de esta lectura y de la conversion de uno de mis cercanos parientes, dije á aquella persona piadosa que pidiese á los asociados del Sagrado Corazón que rogasen por mí; no porque tuviese intención de convertirme, sino por ver si con este medio podría hallar la paz sin mudar de vida. Pocas horas habían transcurrido despues de este incidente, cuando otra amiga mia vino á persuadirme lo mismo, y

entonces ya fui yo personalmente á la sacristía á pedir que fuese encomendada, bien que fingí ser una madre afligida que buscaba alivio. Era sábado cuando sucedió esto: el día siguiente domingo fui por curiosidad á la reunion de la Archicofradía, y por ver si las oraciones que los demás dirigian por mí me alcanzarian la paz y la tranquilidad sin necesidad de convertirme: yo pedía un imposible.

«Las Vísperas y plática ninguna mella causaron en mi corazon endurecido: pero al momento que se hicieron las súplicas y que el sacerdote al llegar á la clase de las almas afligidas dijo con voz penetrante: *¡Rogad, hermanos míos, rogad por estas pobres almas!* me enternecí sin poderlo remediar: mi corazon se agitaba con violencia; las lágrimas regaban mis mejillas; la gracia me brindaba suave y eficazmente, temia ser oida mas allá de lo que apetecía, temia convertirme. Despues el sacerdote leyó la carta de aquella pecadora de mi edad, con que ella misma pedía se la tuviese presente en las oraciones; acabada la cual añadió: —Esta pobre alma que en su afliccion os dirige esta carta, no está aquí presente, hermanos míos; pero tal vez algunos de los que me escuchan podrán hallar, en lo que ella ha sido, un fiel retrato de sus desórdenes, y se han de persuadir que Dios los llama á penitencia por mi boca. —Estas palabras traspasaron mi corazon, y me dije: *¡Tú eres!... ¡tú eres!...* Mas ¿de qué sirven estos impulsos, me replicaba al momento, si jamás he de romper unas cadenas que tanto amo?

«Pero ¡oh misericordia divina, cuán grande

eres! ¡oh Corazon inmaculado de María, invocado de tus devotos, cuánta es tu benignidad! Mi dura obstinacion resistia la gracia, pero á pesar suyo la gracia descendiendo sobre mi alma, triunfa, obra mi conversion. Mi alma encorvada hácia la tierra por tanto tiempo, se eleva á Dios, y la voz de su inmortalidad como recogida entre los pliegues de mi corazon hasta entonces, hace sentir su acento entre mis mas íntimos sentimientos. En este momento empecé á concebir un absurdo: queria conciliar mis pasiones con la Religion: forjaba al efecto planes y proyectos, é interin pasaba de un día á otro, los remordimientos devoraban mis entrañas. En el exceso de esta afliccion entro en la iglesia de la santísima Virgen, y, esta vez fue la primera que oré despues de los siete años de mi vida criminal, hé aquí el feliz momento en que siento desatarse, romperse y desaparecer las cadenas que hasta aquí habian tenido esclavo mi corazon. La incredulidad cede el lugar á las esplendorosas luces de la fe: no solo creia, parecíame que veia con mis propios ojos las verdades mas sublimes de la Religion. ¡Ah! ¡qué hermosa, qué sublime y consoladora me pareció en este momento la Religion!... ¡qué execrable y horrenda la carrera criminal de los siete años!...

«De tal suerte me penetró esta luz divina, que dudé por un momento si yo era la misma: y era que ya no tenia el corazon de antes, ni sentia mis precedentes inclinaciones. ¡Gloria á Vos! ¡oh María mi LIBERTADORA! Conocí que la confesion me era indispensable, y para decidirme me encomendé de nuevo á las oraciones de la Archicofradía: busco un confesor, y... mis pecados y desórde-

nes están ya confesados, gracias á Dios. ¡Dios mio!... ¡ah! ¡y qué dulce es, hermanos, el purificarse de todas las manchas en la piscina de la penitencia! ¡cuán suave el bálsamo que aplican al corazon herido las lágrimas y suspiros que allí se derraman! Aquí empecé á sentir verdaderas delicias despues de siete años de haber corrido inútilmente tras mentidas sombras. En estos momentos felices queria hablar, pero me embargaban fuertes é inusitadas emociones.

«¿Me perdonará Dios? pregunté entre sollozos á mi confesor: ¿puedo esperar salvarme?... tan vivamente conocia yo que por mis excesos horrendos habia desmerecido la misericordia, y él en nombre de Dios me prometió el perdón. Me levanté de sus piés, y la Religion me parecia que habia bajado del cielo únicamente para hacer revivir y consolar nuestro pobre corazon. Conocia vivamente que el alma criada para lo infinito no puede ser feliz sin él y solo con él; y al salir del templo de la santísima Virgen me sentia tan consolada, y era tanta la satisfaccion y júbilo que rebosaba mi corazon, que á cuantos por doquiera hallaba, habria querido decirles: «Amigos, ¡ah! no, ni el lujo, ni los placeres pueden llenar «ese vacío que sentís allá en lo mas recóndito de «vuestro corazon: vosotros padeceis mucho, yo «lo sé; una triste experiencia de siete años me lo «ha hecho conocer. ¡Ah! id al templo, haced que «la Archicofradía ruegue por vosotros, y no lo «dudeis, sabréis lo que es dicha, lo que es paz, «lo que es felicidad; porque allí conoceréis la «bondad de nuestro Dios, y conociéndola, lo serviréis y...» Servirle deseo, y servirle siempre,

está es la gracia que os suplico pidais á María por mí. Yo quedo infinitamente agradecida á vuestra caridad, queridos hermanos, y no puedo menos de daros por todo gracias infinitas, pidiéndoos de nuevo que pidais por mí á María, mi madre querida y mi refugio, la fuerza, la constancia y la perseverancia final.» (*Anales, tomo 1.º, página 248.*)

EJEMPLO TERCERO.

*Un jóven enfermo convertido.*

Desiré era este jóven parisiense de que voy á hablar, y que habiéndose entregado á la lectura de malos libros, habia enteramente perdido la fe. Aborrecia la religion católica y sus ministros, y pareciéndole poco el ser él malo, se erigió en corruptor de otros, especialmente jóvenes. Treinta años de edad contaba no mas cuando un ataque de pulmonía ó afeccion del pecho le puso al borde del sepulcro sin esperanza de vida. Su hermana, que era una señora muy virtuosa, hizo cuanto pudo para convertirlo, pero nada logró. Una señora amiga de esta fué á encontrar al señor Cura de Nuestra Señora de las Victorias, y le pidió que lo inscribiese en el libro de la Archicofradía, y que en las públicas oraciones lo tuviesen presente. El médico que le visitaba y que tambien era hombre piadoso, al verle tan de peligro, en cumplimiento de su deber le dijo que mientras era tiempo se preparase para la muerte; mas el enfermo le contestó con enojo: «Tenga V. la bondad de no hablarme de eso, pues que como ya «se lo he dicho á V. otras veces, yo no creo en

«la Religion, ni en Dios tampoco.» Hasta hablando á solas con su hermana se quejaba fuertemente del médico porque le habia hablado de confesion; y su hermana le decia: «Mira, hermano, tú supones que no hay Dios; pero tú no estás cierto de que no le hay; y si tu suposicion es falsa, ¿esto es, si realmente le hay, ¿cuál será tu suerte?» Reflexionó un poco el enfermo y luego dijo: «Acuérdomé haber leido que Jesús hizo un milagro multiplicando cinco panes en el desierto, «y yo creo este milagro porque fueron muchos miles las personas que lo vieron; y por consiguiente creo que Jesús es Dios, y quiero morir en su amistad y gracia. Vé cuanto antes por un confesor y corriendo, date prisa, porque son muy pocos los momentos que me quedan de vida.» Van con efecto por el confesor, llega, se confiesa el enfermo, recibe arrepentido y anegado en lágrimas de compuncion la absolucion y... ¡oh efectos admirables de la gracia! ¡oh Corazon immaculado de María que la has alcanzado!... Desiré ya es otro hombre. En aquella misma mañana, pocos momentos antes ni en Dios creía, y ahora ya lo confiesa públicamente; pocos momentos antes ni sufrir podia sin irritarse que se le hablase de Religion, y ahora no quiere que le hablen de otra cosa, y ansia por todos los auxilios que ella dispensa; unos momentos antes ni ver podia á los sacerdotes, porque los miraba como á unos monstruos de la humanidad, y ahora los quiere inseparablemente junto á su lecho de dolor, porque los considera como á sus verdaderos amigos, como á sus mas caritativos bienhechores, como á medianeros entre Dios y los hombres, y como á

encargados de llevar al paraíso celestial su alma; un poco antes su enfermedad le tenia frenético, y ahora desea que se prolonguen sus padecimientos para penar con Jesucristo, y si desea la salud, es únicamente para reparar los males que ha causado, y estando en estas santas disposiciones recibió el sacramento de la Confirmacion de mano del señor Arzobispo de París, comulgó repetidas veces en los dias que se prolongó su vida, y por fin espiró en el ósculo santo del Señor.

## EJEMPLO CUARTO.

*Un gran pecador convertido y curado.*

En el tomo segundo de los Anales, página 93, está inserta una carta con que un párroco del obispado de Aviñon da relacion de la conversion de un pecador de su parroquia, de la que él mismo habia sido testigo, y que en sustancia dice así: «Setenta años contaba ya este infeliz y aun era enemigo declarado de la Religion, y se movaba siempre de cuanto hay de mas santo y mas sagrado. Tanta era su perversidad, que á sus domésticos y á los que con él tenían roce les pegaba ó contagiaba con el mal de su impiedad hasta hacerles perder la fe. Llega el mes de julio de 1841 y este Satanás cae enfermo: su párroco lo supo, y á pesar de que la casa del enfermo distaba una legua de la parroquial, lo visitó constantemente dos veces cada semana, hasta el 3 de setiembre en que se puso peor: si en las visitas anteriores fue recibido con frialdad el párroco, en esta ni siquiera entró en la habitacion del enfermo le fue

permitido: este día era viernes. El día siguiente sábado aplicó por él la misa como se practica en tales días en la Archicofradía por los pecadores: en los ejercicios del domingo todos los cofrades rogaron por él. Concluida la función del domingo fué el párroco á visitar el enfermo, y ya le permiten entrar donde está aquel, pero con la condición de que no habia de hablarle de confesion. Entra en el aposento (junto á la cama del enfermo estaban dos íntimos amigos de este), le pregunta por su salud, y le responde el enfermo que se hallaba muy aliviado y que no tardaria en levantarse; y en presencia de los dichos sus amigos y otras tres personas de su familia, le alargó la mano, diciéndole: «Señor cura, V. es mi mayor amigo: conozco que V. no desea mas que mi salvacion: las frecuentes visitas que V. se ha dignado hacerme son de ello una prueba inequivoca.» Y luego volviéndose á aquellos sus dos amigos, dijo: «¡Ah, qué excelente párroco el nuestro!» y en seguida dijo al párroco: «Ea, señor cura, yo quiero confesarme, y no con otro que con V.: advierto á V. que yo he sido un gran pecador, pero estoy convertido; las obras darán testimonio de ello. Ningun inconveniente tendria en hacer ahora mismo mi confesion; pero como á alguien pudiera quizás sospechar que este acto fuese efecto de flaqueza en vista de la muerte, y de mera condescendencia con V., lo suspendo por ahora, é iré á hacerlo á la iglesia para dar testimonio público de que estoy convertido y de que no me avergüenzo de mi Religion.»

En efecto, como lo prometió lo cumplió: se puso luego bueno, y pocos dias despues se presentó en

la parroquia, en donde recibió con fervor los santos Sacramentos, publicandó por doquiera cuán satisfecho y gozoso habia quedado, y diciendo que continuaria en estas santas prácticas de Religion. Arreglado lo concerniente á su conciencia, hizo otro tanto con lo que atañia á su casa, despachando cuanto antes á cuantos sirvientes no se determinaron á vivir cristianamente; y de comun acuerdo con su esposa, colocó, en señal de gratitud y amor, una imagen de Nuestra Señora en su aposento, á cuya presencia reunia toda la familia para rezar el santo Rosario y hacer oracion.

EJEMPLO QUINTO.

*Repentina curacion de una jóven.*

Una carta del señor cura de Vouillers, obispado de Chálons, copiada en el tomo 1.º de los Anales, página 342, refiere un suceso que en sustancia es como sigue: «Una jóven de mi parroquia despues de consumido y viciado su temperamento por una enfermedad de diez y siete meses, se vió atacada de un tan terrible cáncer, que los médicos creyeron que para ella no habia remedio. Como empeorase cada dia y se viese que eran inútiles todos los recursos que humanamente ofrece el arte, se resolvieron los suyos á acudir á Dios por medio de María. Esta jóven estaba inscrita en la Archicofradía, y los demás asociados comenzaron al momento una novena al santísimo Corazon de María por su salud. Ya habian transcurrido siete dias y la enferma no solo no balla-

ba alivio, antes bien empeoró hasta el punto de habérsela de administrar los santos Sacramentos, contando que iba á morir, y por espacio de diez minutos quedó sin movimiento y sentidos. Pasado este intervalo, advirtieron que se sonreía; y preguntándola qué sentía ó veía, respondió: á María... á mi buena Madre que ha venido á consolarme y curarme. ¡Oh, qué hermosa es María! ¡qué brillante su corona!... y derramando dulces lágrimas, dijo: «Estoy perfectamente sana: «ningun dolor siento: voy á trabajar con mis compañeras,» y... levantándose al punto se puso á trabajar, sin que sintiera jamás otro dolor alguno; y dice el párroco: me contentaré con decir lo que dijo el ciego de nacimiento curado por Jesucristo: «Yo sé que esta jóven estaba enferma y «que ahora está sana, y que su curacion se ha verificado repentinamente.»

«Pero lo que mas admiro son las gracias extraordinarias que se han concedido á esta afortunada jóven: con una humildad la mas profunda se reputa la mas vil y despreciable, desconfiando enteramente de sí misma, fija toda su confianza en el Señor: con un fervor angélico recibe con frecuencia el pan sacramental, y su gratitud y devocion al sagrado Corazon de Maria es inimitable.» Hasta aquí el párroco.

¡Ah, José! seria nunca acabar, si yo quisiese referir á V., aunque brevemente, los casos ó ejemplos de conversiones, curaciones y otras gracias así espirituales como temporales concedidas por la santísima Virgen por medio de la Asociacion de la Archicofradia de su sagrado Corazon. Solo diré para satisfaccion de V. que en el año 1842, el se-

ñor cura de Nuestra Señora de las Victorias hizo una pública y solemne declaracion, manifestando que de tres años atrás hasta entonces, constantemente se recibian cada semana quince ó veinte cartas, cuyo contenido reducido á una cláusula general, se expresaba con estos términos: «Dad «de nuestra parte las mas expresivas gracias al «Corazon santísimo de Maria. Luego que dieron «principio á las súplicas y oraciones de la Archicofradia á favor del pecador que os recomendamos con tal fecha, dió señales de una mudanza «saludable. Despues de algunos dias de incertidumbre y de combates, entró finalmente en el «camino de la salvacion, tal dia tuvo la feliz suerte «de comulgar, y desde entonces es dichoso.»

Posteriormente el mismo párroco escribió á los directores de las cofradias agregadas, solicitando una relacion de los efectos que producía en sus respectivas parroquias esta institucion celestial. Seiscientas cartas recibió en muy pocos dias, cuyo contenido general podria expresarse con estos términos: «Desde que se instaló la Cofradia en mi «parroquia, la fe se reanima, la piedad se inflama, el templo se ve mas frecuentado en todos «los actos de Religion y ejercicios de piedad, singularmente á los que se aplican por los pecadores; los Sacramentos, los santos Sacramentos tan «abandonados hasta aquí, ahora son frecuentados. Milagros de conversiones semejantes á los «obtenidos en el santuario de las Victorias, se «han obrado entre mis feligreses; hombres que «en veinte, cuarenta y mas años no se habian confesado, ahora se les ve postrados ante el tribunal de la Penitencia; apenas me son suficientes

«el día y la noche para oír confesiones. Por fin se  
«ha triunfado de la obstinacion: los jóvenes con-  
«federados, apenas se ha dado fin á la novena  
«del Corazon dulcísimo de María, han humillado  
«su orgullosa cerviz, comprimiéndose al rededor  
«de los confesonarios, y todas las noches se reu-  
«nen en la iglesia y dirigen humildes súplicas á  
«María Madre de Dios delante de su imagen. La  
«sucesion de conversiones no se interrumpe jamás  
«acá en donde Dios lo hace todo y nada el hom-  
«bre. No pronunciamos palabra, no damos el me-  
«nor aviso, ni se hace la menor advertencia que  
«no produzca admirables resultados, los que siem-  
«pre van distinguidos con el sello de la compasion  
«cariñosa de María; á la cual nosotros con tanto  
«consuelo y confianza invocamos: REFUGIO DE LOS  
«PECADORES, AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS.»

Ahí tiene V., José, los muchos y admirables efectos que está produciendo por todo el mundo la Archicofradía del Corazon dulcísimo de María; todos tenemos interés en ser individuos de ella, y en hacer que se propague por todas partes, á fin de que en todas se ore y se consiga la conversion de los pecadores; pues que á pesar de que muchos de ellos están obstinados en sus iniquidades, no por eso dejan de ser nuestros hermanos y redimidos con la sangre de Jesucristo. ¿No es cierto que si nuestros prójimos, aunque sean pecadores, se hallan en peligro de perder la vida del cuerpo, y nosotros podemos socorrerlos, á ello estamos obligados en conciencia? ¿Con cuánta mayor razon, pues, debemos socorrerlos por medio de las oraciones de la Archicofradía, viendo que están en peligro espiritual de morir en pe-

cado mortal, y por consiguiente de condenarse en el infierno por toda una eternidad? Y este medio ¿no es fácil á todos? Socorrámoslos, pues, espiritualmente, alcancémosles la conversion, porque... ¡ay! además de que ellos agradecidos á tan inapreciable favor, nunca cesarán de darnos mil acciones de gracias, se cumplirá en nosotros aquello del apóstol Santiago: «El que hiciere á «un pecador convertirse del error de su camino, «salvará su alma de la muerte, y cubrirá la mu-  
«chedumbre de sus pecados.»

J. Imposible me es manifestar á V., D. Antonio, el gozo de que se siente poseida mi alma; en vista de la sucinta relacion de la multitud de pecadores convertidos, enfermos curados y de tantas gracias alcanzadas por medio de la Archicofradía del Sagrado Corazon de María. ¿Y no habrá algun medio para poseer nosotros tan grande tesoro, esto es, para erigirla en nuestra parroquia?

D. A. Tan fácil es erigirla, como hacérselo ver en el siguiente

§ IV. — *Modo de erigir la Archicofradía en cualquier parroquia.*

D. A. Para erigir ó plantear la Archicofradía, no hay que hacer mas que el señor Cura párroco, Regente ó Ecónomo forme los Estatutos ó plan de devocion, que bien le parezca en el Señor, los presente al Ordinario para su aprobacion, y aprobados que sean, remitirlos junto con la aprobacion y algunos nombres de los congregantes ya inscritos al señor Cura de Nuestra Señora de las

Victorias de París, director general, el cual agregará la nueva Cofradía á la Archicofradía y mandará al Párroco suplicante el breve de Gregorio XVI, que deberá estar expuesto públicamente al lado del altar de la Cofradía, en testimonio de autenticidad. Hecho esto, ya no habrá necesidad de remitir mas nombres de congregantes á París, sino que en la parroquia habrá un libro, y en él se inscribirán los que se vayan agregando.

El mismo Párroco por sí, ó por medio del Ordinario, que podrá hacer venir de París el breve para cada parroquia pretendiente, podrá escribir á París. Se podrá escribir en latin, poniendo el sobre en francés del modo siguiente:

*France.*

*Monsieur.*

*Monsieur le Curé de Nôtre Dame des*

*Victoires*

*à Paris.*

*(Seine).*

Quizás habrá ya acá en España algun encargado, ó como si dijéramos delegado, y en este caso ya no habrá necesidad de acudir á París; esto lo sabrá el Ordinario.

La Cofradía del Corazon sagrado de María se puede erigir en cualquier parroquia, sin necesidad de trastornar cosa alguna, pues que puede fundarse en la capilla ó altar del Rosario, del Cár-

men, de los Dolores ó de otros cualesquier títulos de Nuestra Señora, y adoptar al efecto las mismas prácticas que en él ó en ellos se hubieren hecho hasta á la sazón; añadiendo únicamente alguna cosa particular conforme al objeto de la Archicofradía, que es tributar un culto de homenaje y veneracion al dulcísimo é inmaculado Corazon de María, y dar con él y por él á la santísima Trinidad y al Corazon de Jesús el culto supremo de adoracion, obediencia y fidelidad que se les debe, y aspirar por este medio á obtener la conversion de todos los pecadores del mundo. Podrá, pues, decirse, por ejemplo: *Cofradía fundada en el altar del Rosario de la parroquia de N., en honor del sagrado Corazon de María para alcanzar la conversion de los pecadores.*

En cuanto á los Estatutos ó plan de devocion, que quiera ponerse, queda á la direccion y discrecion del párroco; mas para que tenga un modelo para guiarse con mas acierto, voy á copiar lo que se acostumbra practicar en las demás parroquias.

1.º Todos los sábados se acostumbra decir una misa en honor del inmaculado Corazon de María, en el altar en que está erigida la Cofradía, para la conversion de los pecadores, á excepcion del primer sábado del mes que se acostumbra aplicar por los cofrades finados: para estas misas se puede recibir honorario.

2.º En los dias festivos ordinariamente se hace alguna funcion pública para la conversion de los pecadores, por ejemplo, misa, comunion, vísperas, la letanía de la Virgen, la corona de alegrías, de los dolores, el *Sub tuum præsidiium*, el *Memorare*, etc. Pero en las parroquias en que

ninguna de las cosas susodichas está en práctica, podría al efecto rezarse el Rosario con la letanía, repitiendo hasta tercera vez el *Refugium peccatorum; ora pro nobis* (que significa, *Refugio de los pecadores, rogad por nosotros*).

Al concluir la letanía podrá decirse: ¡*Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos á Vos!* con una *Ave María*.

¡Oh santa Madre de Dios! confiados y presurosos venimos á ponernos bajo vuestra protección: no despreciéis nuestras humildes súplicas en las necesidades en que nos hallamos, mas bien libradnos de todo peligro, Virgen gloriosa y misericordiosa.

Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen! que jamás ha sucedido que ninguno de los que acuden á vuestra poderosa intercesión, de los que han implorado vuestro socorro y han confiado en vuestra bondad y benevolencia, se haya visto desamparado. Animado yo, pues, de esta confianza, acudo á Vos, ó Reina de las Vírgenes, y aunque pecador, me atrevo á presentarme delante de Vos, gimiendo siempre que me acuerdo de mis miserias. No despreciéis, ó Madre de Dios, mis humildes súplicas, sedme propicia y despachad favorablemente mi petición. Amen.

Madre, hé aquí á vuestro hijo.

Madre; hé aquí á vuestro hijo.

Madre, hé aquí á vuestro hijo.

En Vos, Madre mia dulcísima, he puesto mi confianza, y jamás quedaré confundido. Jesúsmío, así sea, así lo espero.

Sería utilísimo que todos los domingos el párroco, ó director ú otro celoso sacerdote hiciese

alguna plática análoga al asunto, ó que cuando menos se leyese algun caso ó ejemplo de conversión de algun pecador de los muchos que traen los Anales de la Archicofradía, ó las vidas de los Santos y Santas que de pecadores se convirtieron, por ejemplo, san Pablo, el 25 de enero; san Andrés Corsino, día 4 de febrero; santa Margarita de Cortona, día 23 de febrero; santa Eudoxia, día 1 de mayo; san Juan de Dios, día 8 de marzo; santa María Egipciaca, día 9 de abril; san Pedro Gonzalez, día 14 de abril, san Pedro Armengol, día 27 de abril; san Agustin, día 5 de mayo, ó 28 de agosto; santa María Magdalena, día 22 de julio; santa Pelagia, día 30 de octubre; las que se hallarán en Croisset, ó en Ribadenebra y en la Leyenda de oro.

Tal vez la lectura de algun ejemplo ó vida de Santo ó Santa convertidos, ó de otros que han cumplido exactamente los deberes del estado ó estados en que se hallan los oyentes, producirá mayores efectos que todos los sermones.

J. El júbilo de mi corazón es inexplicable, D. Antonio, al oír la explicación y al ver lo fácil que es poseer el inapreciable tesoro de la Archicofradía; paréceme por lo mismo que no habrá parroquia en España que no erija la Cofradía del sagrado Corazón de María. Solo, pues, resta que V. tenga la bondad de decirme quiénes pueden entrar en la Cofradía, qué ha de hacerse para ser cofrade, y qué obligaciones contrae el congregante.

D. A. Este será el objeto del siguiente